

Cielos entornados y lo político

Encuentro literario en la
Fundación Vivian Trías.
CUADERNO No. 41 Junio/2019

Con este nuevo “Cuaderno de la Fundación” nuestra institución pretende difundir una actividad cultural que mucho nos honra y a la que queremos destacar, muy especialmente, por su calidad humana, literaria y política.

Dicha actividad se desarrolló sucesivamente en la ciudad de Tacuarembó, en la Cátedra Prof. Washington Benavides (10 de mayo del corriente año), y en la sede de la Fundación, en Montevideo (22 del mismo mes), con motivo de la presentación del reciente libro del Prof. Ricardo Pallares “Cielos entornados”, con estupendos dibujos de la Prof^a. Raquel Barboza. Auspiciaron estas actividades, la Academia Nacional de Letras y Ediciones de la Banda Oriental.

El presente Cuaderno recoge espléndidos aportes de intelectuales de gran valía como Marcia Collazo, que ya ha colaborado con la Fundación, Marcos Ibarra, Eduardo Nogareda, Tatiana Oroño y Rafael Pineda, que mucho agradecemos.

Según el Prof. Pallares, con esta obra “se concretó un trabajo interdiscursivo y de colaboración que insumió más de un año” [... y hoy] “no proponemos reabrir el debate sobre el llamado arte comprometido ni sobre la poesía política, sino más bien reflexionar sobre lo político en este libro. Lo político como gravitación de tensiones y articulación de poderes en la sociedad, como asunto general, lejos pues de lo partidario y de lo doctrinario”.

Al decir de la Prof^a. Barboza: “El trazo que caracteriza los dibujos, complementado a veces por aguadas, manchas y collages, corre con gran libertad y sin metas a priori pero muchas veces -por lo menos en mi caso-, desemboca en la figuración, que nunca es inocente, porque pasa a expresar cosas, hechos, experiencias, realidades que tienen que ver con lo político”.

En suma, un Cuaderno de gran valía institucional que nos enriquece y enaltece como Fundación.

José E. Díaz

Algunas explicaciones

por Ricardo Pallares

Reunirnos en foro literario a la manera de ronda de libre participación es adecuado a la joven tradición de la Fundación Vivian Trías. En efecto, la Fundación posibilita los encuentros y asegura libertad para la manifestación de las voces más diversas y plurales, acerca de los grandes temas que parecen requerir continua construcción de conocimiento y debate.

Por tanto agradezco la asistencia y especialmente la participación de quienes deseen dar opinión o hacer comentarios sobre el tema propuesto.

El libro *Cielos entornados* forma parte y cierra un ciclo que integrarían mis tres últimos libros de poesía que fueron ilustrados por la dibujante Raquel Barboza. El primero de ellos es *Antárticos* (Ed. Yaugurú, 2014), el siguiente -en prosa- *Memorias e invenciones* (Antítesis Editorial, 2017) y finalmente *Cielos Entornados* (Ediciones de la Banda Oriental, 2018).

El último libro, a diferencia de los anteriores, surgió a partir de las intensas motivaciones surgidas de una serie de dibujos que Raquel compuso entre 2017 y 2018. A medida que Barboza me mostró sus trabajos surgieron los 18 textos que se reunieron en libro.

En el proceso aparecieron los dibujos primero y luego los textos. Una verdadera experiencia y un desafío ya que, en mi caso, supuso dejar de lado lo individual y protagónico a favor de la prelación del arte visual. Progresivamente advertimos que los textos, como interpretaciones de las imágenes, estaban centrados en emociones, ideas y vivencias de autor. Así se concretó un trabajo interdiscursivo y de colaboración que insumió más de un año.

Hoy no proponemos reabrir el debate sobre el llamado arte comprometido ni sobre la poesía política, sino más bien reflexionar sobre lo político en este libro. Lo político como gravitación de tensiones y articulación de poderes en la sociedad, como asunto general, lejos pues de lo partidario y de lo doctrinario.

En nuestra opinión si este enfoque de lo político se traslada a los dibujos, tales realidades aparecen de un modo simbólico, sugerido, asociado a algunos de los grandes rasgos de lo contemporáneo. En oportunidad de la muestra de esta serie, en noviembre de 2018, en la Sala Dumas Oroño del Museo Juan Manuel Blanes, la Directora Arq. Cristina Bausero nos solicitó un texto alusivo para ser exhibido a la entrada de dicha Sala. Con el título “Abrirse quiere el cielo” anotamos que:

En los dibujos de Raquel Barboza de la serie “Cielos entornados” hay rasgos de una sintaxis interferida y de complejos reenvíos a expensas de los personajes y sus deformidades.

Las peculiaridades de las figuras seguramente remiten al mundo interior de la artista y a las imposiciones sociales dominantes. Confinadas en su índole, las figuras parecen no hablar pero al menos son portadoras de temporalidad y de inocultables tensiones.

Más que eventuales narraciones los dibujos parecen ser momentos en los que encarnan extrañas escenas de la vida humana, y parecen denunciar la coerción sobre la posibilidad de sus cielos en los que casi no hay trazos.

El plano sugerido de los sueños y deseos, de la necesaria comunicación, del amor y las plenitudes está dado y obstaculizado a un tiempo por líneas, formas, manchas, aguadas, collages y zonas de color mediante los que comparecen lentamente la carencia y nuestro tiempo.

Los dibujos que por lo común son abstractos o figurativos, según las zonas de ellos que se consideren y según el conjunto al que pertenecen, son portadores de realidades y de ficciones. Unas y otras se entrelazan con elementos de la cultura. De igual forma ocurre con los textos cuando acarrear sentidos y probablemente en cada lectura se cargan de nuevas sugerencias. Pero no ocurre solo así. Circe Maia en una reunión similar en Tacuarembó, semanas atrás opinó que “En el libro -según dijo- los textos aportan el tiempo a los dibujos.”

Seguramente el tiempo llega o “entra” al libro, cargado -entre otras cosas- de actualidad, de referencias, elementos de cultura y remisiones a paradigmas y a valores.

Hoy y aquí la dibujante expone los originales de ocho de los dibujos más significativos de la serie con el objeto de complementar este intercambio.

Dibujos con poco cielo

por Raquel Barboza

El trazo que caracteriza mis dibujos, complementado a veces por aguadas, manchas y *collages*, corre con gran libertad y sin metas a priori pero muchas veces -por lo menos en mi caso- desemboca en la figuración, que nunca es inocente porque pasa a expresar cosas, hechos, experiencias, realidades que tienen que ver con lo político.

Esta figuración no es naturalista, sino que compone otra realidad, otorgándole otra significación, como mostrar de repente aspectos sombríos de la humana naturaleza o de un sistema que "no quiere la ilusión". Sin que se vea está presente la indefensión humana frente a la superioridad absoluta del poder.

Así en el dibujo de la página 53 (poema: *tablas de dura ley*) las tres figuras de duro trazo evocan a los hegemones haciendo gala de su manejo de una ley muchas veces tan distante de la justicia.

También en la página 61 (poema: *cuál es el barquero*) aparecen unas figuras de aspecto vencido y sin esperanza (como en la barca de Caronte, según acaba de decir el Arq. Gabriel Peluffo) que navegan en un barco sin barquero, prisioneros de un poder amenazante que se siente pero que no se ve; solo hay un mar incierto, sin límites; podría sugerir la indefensión humana ante fuerzas desconocidas.

Este dibujo de trazo muy rápido y por momentos duro quedó organizado con una aguada que vincula a los personajes entre sí, que los une en su desgracia bajo un cielo sugerido por una línea curva agrisada que los aprisiona (¿un cielo entornado?).

Asimismo en la página 65 (poema: *es el carnavalito nacional*) aparece, con predominio de una oscura aguada sepia, la farándula de los dominadores que usan del poder para someter a los de abajo, a veces en forma solapada, pero también de manera explícita cuando la coyuntura lo permite.

Hay en mis personajes una evidente deformación o alejamiento del naturalismo, y ello tiene como finalidad generar un clima o afirmar una idea todo lo cual sería imposible de lograr si nos limitáramos a dibujar con criterio académico, es decir, respetando la correcta proporción de lo que el ojo nos ofrece.

En este sentido es oportuno citar unas reflexiones de Vincent Van Gogh en las que plantea la intencionalidad de su pintura y dibujo: "Mi gran anhelo es aprender a hacer tales inexactitudes, tales anomalías, tales modificaciones, ... tales cambios en la realidad, para que salgan ¡pues claro! ... mentiras si se quiere, pero más verdaderas que la verdad literal" (Vincent Van Gogh. "Cartas a Theo", Labor/Punto Omega, 1988).

En otro orden de cosas, desde la línea como expresión de una idea se puede hacer emerger cuestiones del pasado incorporadas a la cultura, tales como hechos históricos principales o de gran significación. Pienso en el dramatismo de "Los fusilamientos del 3 de mayo" (1808), magnífica pintura de Goya que evoca las atrocidades cometidas por el ejército napoleónico contra el pueblo español. Se trata de una gran obra de arte que inmortaliza además un hecho histórico que la memoria conserva. Si bien hay allí un criterio realista, sin pintar las ruinas, el artista hizo aparecer los espectros de una Madrid diezmada, tal como lo señalara André Malraux.

También pienso en los cielos vacíos de "Los desastres de la guerra" (1810-1815) donde se narran represalias feroces contra un pueblo indefenso o en los "Caprichos" que hacen más de una referencia a instituciones de triste memoria tales como los Tribunales del Santo Oficio que fueron creados en el siglo XIII y perduraron hasta el XIX.

En tal caso el capirote o corozas que se puede ver en mi dibujo (pág. 41) y los capirotos que se refieren en la poesía de Ricardo Pallares (*hoy se ven y se reúnen*, 55), quedan como un tocado simbólico de humillaciones sin cuento cuya visualización nos remite inmediatamente a episodios más recientes, inclusive actuales, como las celebraciones del Ku Klux Klan cuyos integrantes, haciendo gala de un racismo extremo, lucen expresamente esas mismas corozas.

Lo que aspiro transmitir con citas y referencias a otros artistas, es que además del juego de la línea en toda su abstracción, mi trabajo se nutre -sin saber bien mediante qué mecanismos- de diversas elaboraciones de la tradición histórica y artística. Ellas simplemente emergen y se instalan en mis dibujos.

Una última reflexión sobre las infinitas posibilidades expresivas de la línea y de la mancha me lleva a citar a Jorge Romero Brest quien en el prólogo al libro de dibujos del artista húngaro Lajos Szalay (Guillermo Kraft Limitada, Buenos Aires, 1957) dice: "...castigaba la línea hasta volverla expresiva por sí misma".

Para terminar quiero decir que no hay nada en los textos de *Cielos entornados* que no esté de alguna manera en los dibujos.

Los personajes, con sus deformidades y sus rasgos peculiares, también tienen cielos entornados porque, además, a veces no hay trazos que representen los cielos. Tampoco se representa el grito de los pájaros que queda sugerido, al comienzo de este libro.

Palabras para el Conversatorio sobre el libro *Cielos entornados* de

Ricardo Pallares y Raquel Barboza

por Marcia Collazo Ibáñez

Hace unos días el poeta Ricardo Pallares y la artista plástica Raquel Barboza me hicieron llegar una invitación que, además del honor indudable que representaba, despertó en mí cierta curiosidad. Se trataba de asistir a un conversatorio cuyo tema sería el libro *Cielos entornados* y la dimensión política. Confieso que el tema me atrajo de entrada. Me pregunté en ese momento, y la interrogante no me ha abandonado desde entonces, cuáles podrían ser los vínculos entre la poesía y la política; no porque me parezcan imposibles tales vínculos, sino porque su existencia no se devela de buenas a primeras, permanece oculta bajo múltiples capas, sustratos o tejidos de difícil apreciación. Me duelo, dicho sea de entrada, de no haber dedicado una sola palabra a los magníficos dibujos de Raquel Barboza, inspiradores y plenos de significados como toda obra de arte que no se agota, que no puede jamás agotarse en una primera aproximación. Pero no me alcanzarían las páginas de esta breve reseña para dar digna cuenta de ello, por lo que me concentraré en mis puntuales comentarios de aquella jornada.

Dije en ese conversatorio que, si de política se trata, todo este libro se ocupa y se preocupa por asuntos políticos, entendidos -al menos desde mi punto de vista- no como la mera referencia al poder y sus modos de creación, organización, reparto y retaceo, sino como la más honda apelación a la justicia, esa virtud que pertenece al campo de la ética y que Aristóteles considera imposible de cumplir en solitario; sólo puede realizarse en relación a otro o a otros. La justicia es la suma de las virtudes, y sin embargo no equivale a ley -a ninguna ley o normatividad, ni a las leyes morales, ni a las sociales ni a las jurídicas-, sino a otra cosa emparentada con el bien y alejada del mal, aunque esto pueda sonar burdamente ingenuo. De eso se trata también: de ingenuidades, de ilusiones, porque como dice Ricardo, “simplemente quisimos ser felices”.

En tal sentido, *Cielos entornados* puede ser concebido como un canto general a lo humano y como una denuncia de la miseria del abuso del prójimo sobre el prójimo, de las mentiras que nos cuentan para adormecernos “como a niños en guerra fragmentados”; de la denuncia “al fondo de presagios/ de oscuras intenciones” frente al cual “abrirse quiere el cielo”, a la equivocación, a la liviandad del olvido, a “los umbrales del miedo” y “al poder sin gloria” que menciona Saúl Iburgoyen en su prólogo, por nombrar solamente ciertas ideas y referencias. En ese eje central canto-denuncia está, precisamente, el meollo más hondo de lo político: en la continua lucha entre un poder o unos poderes sombríos, sostenidos por “el mundo inquisidor” que siempre nos mira, y los pobres y desvalidos seres que “medramos en los balcones/ ajenos al espesor del bullicio”, castigados por “la pequeña muerte”, por “los zorros visitantes y teñidos” que “beben sangre en copitas y cristales”.

Y llegamos así a uno de los poemas que más me han conmovido en los sentidos ya anticipados. Me refiero al que comienza con los siguientes versos: “hoy se ven y se reúnen/ lejos del mundo real/ las tablas en dura ley”. Esa primera estrofa nos introduce de lleno en la normatividad, como si de un manotazo se tratara. Sin piedad y sin contemplaciones nos muestra de qué manera la dura ley se forja, a despecho de la realidad, por la sola voluntad de aquellos que pueden darse el lujo de torcer su rumbo y que, al hacerlo -paradójicamente- anulan la voluntad de los otros, a quienes convierten en meros súbditos obedientes. He ahí lo político en toda su despiadada dimensión. Y

como si quedaran dudas, estos creadores de las tablas de “dura ley” clausuran el verbo, y con él la posibilidad de crear, enunciar y anunciar otro mundo, otra posibilidad y otros cielos. “comparecen desamores/ en silencio/ nada dicen/ llevan capirote y negra la toga/ nunca hablan de aquello que es verdaderamente/ no lo hablan nunca/ el todo no se sabe ni se ve/ mientras hay renovación/ la ley desde sus durezas/ no quiere la ilusión”.

Hablé antes de la justicia, entendida no como la acción de los tribunales sino como la suprema virtud del ser humano en comunidad. Huelga expresar que la ley, “desde sus durezas”, no llega siquiera a rozar esa virtud, que pertenece a la polis y al ámbito ciudadano -no del yo sino del nosotros-, y que sólo se manifiesta cuando surge del diálogo racional y libre, y se plasma en acuerdos -de vida, de realidad, de necesidades tangibles- que son también racionales y libres. Entiendo que ése, y no otro, es el único camino que podría conducirnos un día a la justicia. Muchas son, como expresé, las referencias poéticas al poder a lo largo del libro, pero me parece que en este poema se resumen todas, a través de una profunda enseñanza: la de que, en este mundo convulsionado y abusivo en el que nos toca vivir, no deberíamos aceptar ninguna ley, ningún mandato, ningún imperativo que arroje un manto de silencio sobre “aquello que es verdaderamente”.

Hay quienes mantienen a los cielos entornados. Son los “ricos pechugones disfrazados”. Hay quienes “tienen a los cielos clausurados” y podemos descubrirlos si miramos “el jaulón” que “asegura las jaulitas/ los corrales y cánones más chicos”. Hay quienes entornan no solamente a los cielos, como representaciones de la ilusión, de la esperanza y de otra realidad mejor, sino que van más allá e “incuban retoños normativos” o huevos de serpiente. Regresamos así al comienzo. Ninguna ley que amordace a la gente y que tuerza la realidad podrá legitimarse a sí misma. Sería interesante preguntarse cuál es la salida, dónde se hallan las llaves que permiten el acceso a los cielos y en qué sitio se encuentra la sala de máquinas que mueve semejante perversidad, “cuál es el barquero que/ en mano timón tendrá”.

(Algunas) Impresiones acerca de *Cielos entornados*

por Marcos Ibarra

El poeta se conmueve con unos dibujos y la poesía lo hace hacer. Niño sempiterno entusiasmado con un nuevo juego que acaba de aparecérselo ante sus ojos de mirada transformadora. Y se inicia el juego que descubre paisajes poéticos con rastros que están a punto de aparecer o desaparecer (rayas, manchas, formas); no trata de explicar sino de nacer con los grafismos y formas, manchas y texturas, no dice “esto es de esta manera” sino que vuela a un plano de signos, enlazando un diálogo posible de entre miles, revelando la complejidad de una realidad que desborda desde los márgenes de la imagen; el dibujo acepta su naturaleza quieta aún con todos sus movimientos internos, el poema detecta esa cualidad y reconoce en ella rostros de la poesía.

Cielos entornados, promesa de no clausurar, pacto, luz que se cuele por la hendidura, palabra que sella secretos “sobre pétalos de olvido y espirales susurradas”. La flor, la carne y el erizarse.

Opino: toda poesía, todo dibujo, es político en la medida que se construyan desde el amor verdadero (el trabajo creador) que arrima a la tarea, edita, descarta, cambia, hasta un resultado que se comparte con el mundo. Lenguaje plástico y lenguaje poético, como cena rica para todos, como señal de ajuste, portal hacia lo entornado de los cielos.

¡Cuánta fortuna hay en este libro! ¡Cuánta riqueza decantada en un trabajo conjunto para conformar un objeto uniforme, equilibrado, lleno de vida! aún con aristas corroídas allí donde la realidad contextual es terrible, queda este libro dicho para siempre con trazos y palabras (ambos, disfraces para la fiesta de la creación).

Stalkéanos señor, porque (total) ya en lo viejo lo otro nace de nuevo.

I

Cielos entornados es un libro muy político pero muy poético, o muy poético pero muy político. Existe mucha poesía de temática política, pero en general se trata de poemas frontales, desde los panfletarios hasta los más depurados, como el *España, aparta de mí este cáliz*, de Vallejo. Y no suele ser la politizada una poética sutil, porque interesa enviar mensajes claros y fuertes. En el caso de *Cielos entornados* nos encontramos con unos textos poéticos de gran sutileza, concebidos a partir de unos dibujos igualmente sutiles.

II

Jean-Paul Sartre en su ensayo *Qué es la literatura* señala la diferencia que hay entre la literatura y las otras artes, entre ellas, las artes plásticas, y esa diferencia la sitúa sobre todo en el hecho de que la literatura maneja un material, que son las palabras, que está cargado de significación, cosa que no ocurre con los materiales que manejan las otras artes, como colores en la pintura, piedras en la escultura o sonidos en la música. Luego Sartre distingue entre la prosa, a la que entiende sometida al “imperio de los signos”, y la poesía, a la que sitúa más próxima a otras artes como la pintura, porque el poeta maneja el lenguaje como si no fuera un sistema de signos. El poeta”, dice Sartre, “ha elegido de una vez para siempre la actitud poética, que considera las palabras como cosas y no como signos”. A las palabras se las puede atravesar como a un vidrio y perseguir a través de él la cosa significada, y en ese caso la palabra es un signo propiamente dicho; pero también se puede considerar a la palabra como un fin en sí misma, fijando la atención en la propia realidad de la palabra y considerarla entonces como un objeto. Dice Sartre que para el poeta las palabras son “cosas naturales que crecen espontáneamente sobre la tierra como la hierba y los árboles. Si tenemos en cuenta que la distancia entre la poesía y la pintura no es larga, no tiene por qué sorprendernos la aparición de trabajos conjuntos entre poetas y plásticos.

Otra cosa es el nivel de excelencia que puedan tener esos trabajos, como tienen los de Raquel y Ricardo. Por algo Saúl Ibargoyen titula a su prólogo “La sagrada unidad”. En ese escrito Ibargoyen recuerda a Horacio: “pintores y poetas no menos/un poder justo de a todo atreverse siempre han tenido”. La poesía es el género literario que más trabaja lo orgánico, lo sensorial, lo intuitivo, lo que está en el subconsciente, las emociones, y todo eso también es terreno frecuente en el mundo de la pintura. Atendiendo a estas razones, no sorprende el entendimiento manifiesto entre los “haceres” de estos dos artistas, como dice Pallares en las llamadas “breves anotaciones” que cierran el libro: “se dio un vínculo entre los haceres de ambos que instaló una evidencia: los dibujos daban paso a interpretaciones que estaban centradas en emociones, ideas y vivencias de autor”. Haceres: plural inusual que maneja Pallares. (Hacer: “producir una cosa; darle el primer ser”. Hay una palabra que suena parecida pero es distinta: quehacer: “ocupación, negocio, tarea que ha de hacerse”). Eso ya es otra cosa, sobre todo la parte del negocio.

Estos son haceres. En *Cielos entornados*, los dibujos dan paso a los poemas, a la inversa de lo que pasaba en los libros anteriores de Raquel Barboza y Ricardo Pallares, *Antárticos* (2014) y *Memorias e invenciones* (2017), donde los poemas daban paso a los dibujos.

El libro, que cuenta con una edición hermosísima, se divide en tres partes señaladas con números romanos. La parte I contiene el escrito de Saúl Ibargoyen titulado “La sagrada unidad” ya mencionado. La parte II es el corpus principal, es propiamente el libro, con su título, *Cielos entornados*: 18 dibujos y 18 poemas nombrados en el índice al final según el primer verso de cada uno. Son poemas de verso libre pero cincelado.

Línea a línea, aquí se percibe un trabajo hecho con mucha ponderación y sin perder de vista la cuestión de los ritmos y las melodías que hacen a la identidad de la poesía.

Parecería que hay una predilección por el endecasílabo, aunque también hay un poema compuesto casi totalmente con versos de siete sílabas, y otras variantes. La parte III son “Breves anotaciones”, así tituladas, en las que en dos páginas Ricardo Pallares explica mucho mejor de lo que yo podría las características de estos trabajos conjuntos con Raquel Barboza.

Iniciemos el camino: el primer dibujo, que también es de la carátula, es un dolor de pájaros. Y el poema correspondiente es un alegato contra la crueldad humana que produce ese dolor y otros dolores.

*los pájaros saben de perdigones
presagian solo a los hombres con dulzor
denuncian los oscuros horizontes
y anidan
les estallarán el pico
como a niños en guerra fragmentados*

La segunda dupla consiste en un dibujo que muestra tres gráciles figuras femeninas y un poema que habla de tres niñas vivas y frescas y un cielo que quiere abrirse. Esa voluntad del cielo por abrirse queda en suspenso, porque este es el libro de los cielos entornados, en el que por cuatro veces es mencionado el cielo en singular. Una vez es la ya dicha, la del cielo que quiere abrirse; la segunda mención presenta a un cielo parcelado o laminado (“hasta en el cielo hay parcelas láminas/ que no reconocen su almacén/ incestuosa primaria primorosa”, p. 23); en la p. 31 aparece un “amargo cielo de clausuras” y un “cielo desflorado y violento” en la p. 35. Finalmente, ya en plural, aparecen en la página 67 los “cielos entornados”.

Pero este no es un libro que se lo pase mirando el cielo. Más bien mira mucho lo que pasa por aquí abajo. La escritura poética de Ricardo no rehúye las referencias políticas.

El libro que antecede a este, *Memorias e invenciones*, se ocupa de manera explícita, por ejemplo, de historias ocurridas en los años de la dictadura. *Cielos entornados* muestra esa deriva política especialmente en el poema “Carnavalito nacional”. Y en este punto, permítanme una digresión que no lo será tanto. Recuerdo de mis años de escolar en Sayago que para la fiesta de fin de curso cantábamos y bailábamos un carnavalito muy popular, sobre todo en aquellos años: “El humahuaqueño”. “Llegando está el carnaval, quebradeño mi cholitai/ Fiesta de la quebrada, humahuaqueña para bailar/ Erke, charango y bombo carnavalito para cantar/ Carnavalito de mi querer toda la rueda venga a bailar...”. Y cantábamos y bailábamos sin saber muy bien qué estábamos cantando, qué cosa era un erke o dónde se había perdido la quebrada de Humahuaca ni quién la había quebrado. Creo recordar que éramos felices haciendo eso, y que no nos dolían prendas al hacerlo, pero si nos

hubieran dolido, igual lo habríamos hecho porque había que hacerlo. Y tengo la sensación de que algunos en la edad adulta seguimos bailando un carnavalito sin saber muy bien por qué. El dibujo que antecede al poema “Carnavalito nacional” es en mi opinión el más oscuro desde el punto de vista cromático y el menos figurativo. El poema que le sigue, en correspondencia con esa proposición difusa o difuminada, maneja también un lenguaje de sugestión e insinuaciones. Estamos ante una alegoría del poder:

*es el carnavalito nacional
el que sabe del poder
le duelen prendas al burro
a sus tientos se subieron
para enredarlo en las sienas
ay el carnavalito nacional
que nos habla del poder*

*le duelen prendas al burro
a los carnavales nacionales
le duelen las realidades
de ricos pechugones disfrazados
que tienen a los cielos entornados*

¿Qué hay antes del libro que lo anuncia y lo nutre? Dice el autor: “La tensa osatura de la existencia/ alberga anomias destruye palabras/ tiene quejidos antes de ser libro”. O sea que es la osatura misma de la existencia la que alienta el nacimiento del libro. Anomia: “aislamiento del individuo o desorganización de la sociedad provocados por la falta o el rechazo de las normas sociales”. El filósofo español Salvador Pániker dice que “en medio de la anomia y la vagancia... el pasado es un suministrador de consistencia”.

Volviendo a Pallares: este es otro poema en el que el yo poético sale de sí y se involucra con lo colectivo. Tres verbos en primera persona de plural se suceden en el penúltimo verso: “esperemos regresemos veámonos”. Éste es un libro noble que asume los problemas de la comunidad. Esperemos: tengamos calma. Regresemos: ¿tal vez al pasado suministrador de consistencia de Pániker? Veámonos, pero advertidos de que lo que veremos será fragmentario: partes de un todo. Y también advertidos sobre las marcas de la pérdida y el olvido, que aparecen en este poema con una cita borgiana.

*la tensa osatura de la existencia
alberga anomias destruye palabras
tiene quejidos antes de ser libro*

*hoy en su largo y pulposo latido
leo “Borges y yo” en El Hacedor
todo lo pierdo y todo es del olvido*

*esperemos regresemos veámonos
aunque nada es en este punto el todo*

Hay dos apariciones de Jorge Luis Borges en estos *Cielos entornados*: una en el poema que acabo de leer y otra en el de la página 59, con una segunda cita textual del

argentino: “¿Cuál de los dos escribe este poema/ de un yo plural y de una sola sombra?”.

¡Ah! Entonces, a lo mejor los plurales antes aludidos no son un plural social sino el plural borgiano de “Borges y yo”; el plural machadiano del “converso con el hombre que siempre va conmigo”, pero es que a partir del reconocimiento de la existencia del otro, aunque el otro sea un segundo yo propio, ya estamos socializando, ya entramos, o mejor dicho salimos, al terreno dialógico.

Además de Borges, también está en este libro Marosa di Giorgio. El poema marosiano sucede a un dibujo con flor y mariposa: “marosina está/ es una María/ sobre pétalos de olvido/ y espirales susurradas”. Otra vez el tema del olvido. “todo es del olvido”, dice Borges, y Pallares sitúa a Marosa sobre pétalos de olvido.

Por no faltar, no faltan en este libro de dibujos y poemas ni el lavado de dinero, ni un ambiente tanguero un tanto crispado, ni algunos personajes peculiares: un misterioso barquero, personas con toga que se reúnen lejos del mundo real, cibernautas premiados... Y está el mundo, y está el amor, y está la ironía que los autores entregan convenientemente dosificada. Y en el último poema nos encontramos con una especie de salmo, salmo satírico, salmo al revés que empieza con este ruego: “stalkéanos señor stalkéanos”. Aquí Ricardo conjuga un verbo que no existe en español, que sería el verbo stalkear, proveniente del inglés to stalk: acosar, espiar, perseguir, utilizado sobre todo para cuestiones de acoso en las redes sociales.

stalkéanos señor

stalkéanos

*limpia de lágrimas la fina fibra
no dejes agujerear la Bolsa
recicla al universo de consumo
mantén siempre la liquidez de todo
del agua y del cero de tu escritura
de los petróleos y los progresos
de las féminas de publicidad
dadnos por siempre abundancia de nylon
dadnos niños huesudos llenos de
hambre
que no se inviertan las inversiones
que no falten libros que no se leen
prodíganos tu opinión formadora
prodiga tu amparo y siempre stalkéanos*

ya en lo viejo lo otro nace de nuevo

Multiplicación del cielo

por Tatiana Oroño

“Cielo, cielito y más cielo/ Cielito del corazón/ [...]”

Bartolomé Hidalgo (1816)

Lo visual -su atmósfera- filtra en los intersticios textuales. Esa es la materia de estos *Cielos*. (Y es así casi diría como debe ser, originalmente, desde que la carga connotativa de la entidad “cielo” deviene de su exposición a la percepción visual.)

Dicho esto, queda todo por decir.

Estos *Cielos entornados* giran en torno a esa voluntad de intervención, expansión, interpretación de aquello que discurre en las imágenes y de la, acaso, voluntad de comunión^[1] del verso en la *viva sombra* de ellas.

Me pregunto qué es lo que discurre en las imágenes.

Ante todo, a mi modo de ver, el discurso gráfico de Raquel Barboza va componiendo un mundo entrevisto de figuras humanas ensombrecidas o sombrías, esquivas a una lectura directa. En sus distintas realizaciones la percepción del mundo social es lateral, desplazada (“entornada”) por una *gestalt* que boceta fisonomías herméticas investidas de cierto hieratismo, en atmósferas enigmáticas, pesantes. La extraordinaria soltura gestual de la línea expresiva y del dibujo -sus manchas y veladuras- permite la composición de un universo de incomunicación humana en atmósferas brumosas (y hasta ominosas) que es muy, pero muy, sugerente.

¿Qué es lo que le dicen a Ricardo Pallares estas realizaciones visuales?

La primera imagen -una mancha abstracta con expansión hacia dos zonas rojas sobre un juego de líneas en tensión-, le sugiere al escritor la visión de un pájaro, nuncio de la condenación de *los pájaros*, inermes como *los niños en guerra fragmentados*. Emerge desde el principio la denuncia de un mal globalizado -la guerra- condenada en su faz más inicua: la destrucción de seres inocentes como pájaros y niños. Niños que serán en el último texto evocados por el oxímoron, y una vez más como sujetos hambreados, sacrificados por el hambre: *niños huesudos llenos de hambre*. Hay aún otros males de índole mundial mentados por los versos, como esos *préstamos que lavan el dinero*, y aún otros más, portadores de cierta actualidad regional acaso siniestra: *un transparente misil/ [...]/ enredo submarino/ [...]*. Y después, hay otros asuntos domésticos o locales que merecen también la denuncia: Pallares se mete con discursos oficiales, mediáticos y de poder. En la página 77 se presenta una -en rigor- “naturaleza muerta”: jaula que parece encerrar otra jaula pequeña y vacía junto a objetos sin objeto (un zapato, una caja cerrada, un libro abierto cubiertos por un velo de indefinible naturaleza traslúcida o polvorienta). Es uno de los últimos dibujos y motiva estos versos: *jaulón, jaulitas, corrales y cánones/ premios y salones nacionales [...]*. Esa manifiesta disconformidad con la distribución del poder -se entiende que autoritaria y con propósito de inmovilidad social- en el área de la cultura, concierne a la dimensión política que la *poiesis* de Pallares textualiza. En ese mismo orden se lee el texto referido a los *carnavalitos nacionales*. Un texto más que burlón, sarcástico.

Hay un punto en que las dimensiones global y local de la denuncia, coinciden: en el insufrible poder de control que se ejerce sobre la persona, sobre el sujeto sujetado

por *el mundo inquisidor* [que] *siempre nos mira*, así como también por el acoso cibernético que es abordado en la última composición literaria a través del íncipit rogatorio: *Stalkéanos señor; stalkéanos* [...]. El neologismo verbal me obligó a “googlear” el vocablo que, averigüé, proviene del inglés “To stalk”. Interesante opción la de Pallares, puesto que en ella creo advertir una apuesta irónica. Se trataría de un juego de paronomasias basado en dos posibles asociaciones fonéticas que permitirían “leer” (siempre salteándonos la vocalización del fonema “ele”, como lo hacemos frecuentemente al pronunciar vocablos ingleses usuales como es el caso del verbo “To talk”): “estaquéanos, señor”, o “estoquéanos, señor” en caso de seguir la fonética original de la lengua inglesa. En cualquiera de los dos casos, el verbo se puebla de imprevistas e inquietantes connotaciones.

Aún queda algo central pendiente y es la referencia al paratexto titular: *Cielos entornados*. En mi umbral receptivo estos *Cielos* contemporáneos citan, voluntariamente o no, aquellos *Cielitos* y *Diálogos* patrióticos (¿acaso esta obra no es ella misma obra del diálogo?) del fundador de la gauchesca rioplatense que cité en el epígrafe. Pero también colectan, estos *Cielos*, algún apagado destello de aquella obra del místico Swedenborg, tan influyente en la modernidad, *Heaven and Hell*, que en el latín de su edición príncipe tenía un título más extenso. En aquel libro, como en esta propuesta, jugaba fuerte el principio de espiritualidad. *Cielo* y *cielos* son *leit motiv* de este libro. “Cielo”, en tanto imagen simbólica, aparece y reaparece en el volumen en diversas formulaciones, las más de las veces como señal o presagio de indeseada adversidad. Es así que *abrirse quiere el cielo* -una excepción en el tono de las demás formulaciones- es estribillo de la composición de la página 19 dando cuenta de la pulsión de vida que recorre la producción. El resto de los versos que transcribo justifican la opción del título de la obra. A saber: *hasta en el cielo hay parcelas/ láminas/ que no reconocen su armazón/ primorosa* (23); *amargo cielo de clausuras* (31); *cielo desflorado y violento* (35), *ricos pechugones que tienen a los cielos entornados* (67); *cielos clausurados* (79). Si se recorre esta enumeración podría decirse que toda la obra es requisitoria contra quienes -fuerzas, poderes- quiebran o destruyen la pureza original del *cielo* y su don natural de apertura.

Al igual que el vocablo *todo* -sustantivado como *el todo*- a menudo reiterado, *cielo/cielos* señala hacia lo deseado inalcanzable, pregona el deseo de lo que resulta por factores adversos de distinta índole, inalcanzable. Por eso pensé desde el principio que el libro podría haberse titulado *Abrirse quiere el cielo*. Y -a pesar de las muchas pruebas que me demuestran la pertinencia del título elegido- sigo, no digo pensando pero sí añorando, aquel otro título imaginario sobre todo porque creo que, en su textualidad, este es un libro movido, impulsado, por el deseo.

[1] “[...]/ un solo signo que nos dé sus claves/ de ser plural en una viva sombra” (*Cielos entornados*, 59)

Cielos Entornados está inscrito en una tradición poco común. Dos artistas se unen para trabajar sobre la percepción que tienen de la vida. Ricardo Pallares, el poeta. Raquel Barboza, la dibujante. Provocan el gusto, el olfato, de todo el que tiene capacidad para observar y amar. Sutilmente y con diestra firmeza, disparan la crítica en lo político y en lo social.

Opino como lector que gusta del arte y de la buena poesía, con la espontaneidad y el criterio que me provoca lo leído.

En los 18 poemas de Pallares sobre los 18 dibujos de Barboza, veo preocupación por el acto de preservación de la naturaleza. La flora o la fauna. Desde los primeros versos escucho un grito, el del pájaro que presagia y denuncia los oscuros horizontes donde acechan los perdigones que le harán estallar el pico.

Como a los niños en la guerra. No es un delirio. Es el drama del mundo.

Escribiéndole a uno de los dibujos de Raquel Barboza donde vemos la alegoría de un camello, de un burro o de una bestia salvaje que se humaniza, el poeta observa la política como si fuera el carnavalito nacional, aquel que habla del poder donde los ricos disfrazados tienen “a los cielos entornados”.

¿Qué es “entornados”? ¿Se refiere el poeta a los entrecerrados o a los entreabiertos? ¿A los adosados, a los trastornados o a los inclinados?

La palabra “Cielo”, como una flor que se lleva en el corazón, está citada en 7 ocasiones y en otra como sinónimo de Edén, sobre un dibujo donde aparecen tres muchachas:

“en la miga del sueño/ se alzan vivas y frescas/ tres niñas y un edén/ un salto y una risa/ juegos sin entornar/ esteras y persianas/ no hay celo a celebrar/ ni guerra en la simiente” “abrirse quiere el cielo”. Lo repite: “abrirse quiere el cielo”. Insiste: “hasta en el cielo hay parcelas”.

El Edén fuera un lugar a donde todo espécimen quisiera ir aun por un día si no estuviera desplazado por el Cielo, aunque en ocasiones aparece en el bello texto desde la interpretación de los dibujos como ...“un cielo desflorado y violento”. Quizás, el mismo ataque de la sociedad global contra la naturaleza nos haga, o les haga a los artistas que nos convocan, sentirlo de esa manera.

Admiro ese verso que deleita aunque a veces parece sombrío y otras veces pica en las zonas eróticas del pensamiento. Dice en el poema de la página 35: “un raro pubis delmiralizado”.

¿Delmiralizado? Sí, “Delmiralizado”. Aunque también puede en sus versos tener “un raro y pulposo latido/ leo “Borges y yo” en *El Hacedor*/ todo lo pierdo y todo es del olvido”.

Ya Saúl Ibargoyen, una de las voces fuertes de la poesía uruguaya de estos días, hace la advertencia en “La Sagrada Unidad” (texto de presentación), al decir: “Por eso, tal vez, los insólitos neologismos derivados de los nombres de dos poetas uruguayas esenciales: Delmira Agustini y Marosa di Giorgio”.

Así, sobre ese dibujo perfecto de una flor que representa un rosal, una mujer, o muchos rosales y muchas mujeres, el poeta canta con la más expresiva ternura: “marosina está/ es una María/ sobre pétalos de olvido/espirales susurradas”.

Y como “el mundo inquisidor siempre nos mira”, según Pallares, el observador Ibarгойen que hace unos meses partió a otro ámbito de la existencia material, adelanta: “Cada uno ve lo que ve, cada uno oye lo que oye...”

En *Cielos Entornados* leo un hermoso libro y un hermoso testimonio del Ser.